

Subjetividad y vida política: Transformaciones identitarias en tiempos de exclusión

Daniela Soldano*

“Este es un período incierto de transición hacia una inevitable reestructuración de las relaciones de producción: habría que cambiar algunas costumbres para encontrar una configuración estable. Se trataría de una mutación completa de nuestra relación con el trabajo y, en consecuencia, de nuestra relación con el mundo: habría que inventar una manera totalmente distinta de habitar este mundo, o resignarse al apocalipsis” (Castel, 1997:390).

Para Juan y su familia la vida cambió radicalmente a comienzos de los años noventa cuando la mañana del 15 de marzo los sorprendió la sensación de no saber que hacer en el día que comenzaba. Mientras esperábamos qué Estela trajera agua fría, Juan mostraba algunas fotos (algunas color sepia, otras blanco y negro) de la fábrica textil donde trabajó los últimos cuarenta años de su vida. En una se observan interminables filas de telares operados por cientos de mujeres cuyos rostros sólo se insinúan. En otra, Juan posa sonriente junto a uno de los gerentes delante de un torno de gran tamaño. Mientras las saca de la caja no para de contar anécdotas haciendo un gran esfuerzo por transmitirme lo que implicaron para él esos años a los que define como “sus años de gloria”.

A siete años de haberse convertido en un desocupado más de la Argentina todavía no sabe qué hacer con su tiempo ni cómo volver productiva su vida nuevamente. Sumido en una visible y gran angustia, confiesa que para él ya “no hay opciones verdaderas” sino sólo coartadas para “ir sobreviviendo”. Pasada una hora y media de charla, la naturaleza de las percepciones y vivencias de este desocupado de sesenta años adquirieron cierta visibilidad: Juan ya no sabe quién es entre otras cosas porque ha perdido el lugar social desde el cual se definió a sí mismo cotidianamente a lo largo de toda su vida como “un trabajador”.

La historia de vida de Juan, así como la de otras familias de nuevos pobres que entrevisté hacia fines de 1997, puede ser pensada –y esto es lo que tendremos por objetivo general a lo largo de este trabajo– reconstruyendo los procesos a partir de los cuales se constituyen y diluyen determinados formas de subjetividad e identidad social. A la vez, como también veremos, ofrecen un interesante terreno para explorar las modalidades de prácticas sociopolíticas que se generan (y reproducen) en contextos de exclusión socioeconómica creciente. El plan de trabajo es el siguiente. En primer lugar, realizaremos una breve descripción del pasado y presente del escenario en el que desarrollamos la investigación empírica y propondremos una serie de señalamientos de índole epistemológica y conceptual para abordar comprensivamente al objeto. Luego, analizaremos desde una perspectiva hermenéutica las mutaciones de las formas de interpelación identitaria de los desocupados entrevistados. Finalmente, haremos referencia a la vida política producida en el espacio barrial a instancias de los procesos de exclusión socio-ocupacional.

Trayectorias y espacios de la pobreza. Los procesos

de exclusión desde una mirada anclada en lo biográfico

Ubicada en el oeste del conurbano bonaerense, en los límites del antiguo primer cordón industrial, se halla la ciudad que escogimos en aquella oportunidad como escenario para desarrollar un trabajo etnográfico.¹ Desde el inicio resultó especialmente interesante ya que no sólo representó (y sigue haciéndolo) un exponente acabado de mercado de trabajo expulsor sino que, además, se caracterizó históricamente por su capacidad de inclusión de familias trabajadoras. Como en otros aglomerados urbanos del país el asentamiento de un importante cordón industrial hacia mediados de siglo atrajo gran cantidad de mano de obra que no tardó en instalarse en las inmediaciones de las fábricas y en generar un desarrollo comercial, social y cultural de singular importancia.

Entre las décadas del cuarenta y del setenta esta zona fue configurando un espacio urbano signado por el peso gravitatorio del trabajo industrial, es decir, por el impacto multidireccional de las fábricas en la vida cotidiana de los trabajadores. Concomitantemente a este proceso –y en parte gracias a él– se generaron importantes redes asociativas barriales cada vez más densas y más abarcativas que constituyeron los principales escenarios para la participación y la asociación entre vecinos. En este sentido es que podemos pensar que fue constituyéndose en un verdadero “lugar”, en los términos en que Augé (1991) define a los espacios de inscripción antropológica, es decir, en una especie de territorio de arraigo.

Hacia mediados de los años setenta, este “micromundo” fabril y comercial comenzó una desactivación paulatina pero irreversible que se aceleró considerablemente con la aplicación de las políticas de ajuste a nivel nacional de fines de los años ochenta y comienzos de los noventa. Se inició así una transformación estructural cuyo principal síntoma fue la desocupación endémica de gran parte de la población económicamente activa y la precarización de las condiciones de trabajo de los que quedaron incluidos. Esto tuvo consecuencias graves en las condiciones de vida de la población en su conjunto ya que las familias damnificadas² quedaron de hecho “a la deriva”, no sólo por las dificultades de reacomodamiento y reinserción a un mercado de trabajo excluyente sino también por padecer los efectos de la desfinanciación de los servicios educativos y sanitarios, la degradación de sus ingresos y fundamentalmente por quedar posicionados indefectiblemente en trayectorias de pauperización.³

De manera que, así que como “en los años de oro”, el hecho de pertenecer a una fábrica garantizaba en alguna medida el “progreso” (en términos de movilidad social ascendente, estabilidad laboral, acceso a la vivienda propia, capacidad de consumo creciente, posibilidad de goce del tiempo libre); la decadencia y crisis del “micromundo” implicaron la constitución de un universo local de nuevos pobres signados fundamentalmente por la precariedad laboral y el desempleo. Esta última cuestión es de capital importancia ya que las vivencias de inquietud e incertidumbre se dan efectivamente sobre la experiencia de relaciones laborales extremadamente estables que sostuvieron no sólo trayectorias personales y familiares de inclusión sino el crecimiento sostenido a lo largo de los años del capital comunitario. En otras palabras, las familias con jefes desocupados entraron en un tiempo acelerado a la “zona de vulnerabilidad” (Castel, 1991) en cuya descripción nos detendremos más adelante, iniciando, por primera vez en su historia, ajustes domésticos crecientes e impulsando estrategias para asegurarse la supervivencia mínima.

Es probable que nos cueste apreciar en un primer vistazo la magnitud de esta transformación. Estamos haciendo referencia a un cambio de vida diametral: de la expansión del consumo a la restricción de los gastos, de los proyectos a largo plazo a la programación del día siguiente en un contexto de incertidumbre desalentadora.⁴ Muchos trabajadores despedidos que cobraron algo de sus indemnizaciones se volcaron a oficios desconocidos, incluso desconfiando desde el inicio de la rentabilidad que pudieran arrojar. Proliferaron las agencias de remises, los kioscos, las verdulerías pequeñas que duraron todo el tiempo en el que les fue posible resistir la presión fiscal y la

competencia. Otros, innovaron, llevando a cabo emprendimientos de cuentapropismo "informal" tales como la fabricación de comida casera y la confección de ropa; negocios clandestinos cuyas posibilidades de expansión se limitaron a un círculo de vecinos solidarios. Es importante tener en cuenta que los emprendimientos se encararon desde un desconocimiento casi total de las reglas prácticas ligadas a las prácticas laborales informales tales como la evasión impositiva, la competencia y la autogestión entre otras. Los jefes de familia desocupados no indemnizados comenzaron a realizar "changas" como jardineros, albañiles, pintores, plomeros, electricistas, mecánicos, haciendo uso de todo el saber práctico adquirido durante los años en las plantas. Mientras tanto, algunas mujeres que jamás habían trabajado fuera de sus casas, salieron a la calle intentando cualquier inserción laboral como trabajar de personal de limpieza doméstico. Por su parte, algunos jóvenes, tuvieron posibilidades de entrar a los hipermercados (que se montaron en los terrenos ocupados históricamente por las fábricas) empleados para puestos de cajeros o repositorios, en calidad de personal temporario.

Ahora bien, a la luz de estas trayectorias, podemos formular preguntas más generales del tipo: ¿qué pasa con las personas que han sido o están siendo marginadas del mundo de trabajo formal, en este caso?, ¿cómo se desarrollará la vida de aquellos que ni siquiera han podido ingresar? ¿y la de los que tienen dificultades objetivas para hacerse un lugar y requieren urgentemente de la asistencia del Estado? Acordamos desde un principio con Robert Castel (1997:14): si queremos entender en toda su extensión y complejidad lo que implican las trayectorias hacia la pobreza no debemos abandonarnos a las lecturas netamente economicistas sino prestar particular atención a lo que podríamos llamar la dimensión personal e intersubjetiva de los procesos, es decir, a las prácticas y representaciones de los sujetos que padecen la incertidumbre o bien de sus prolegómenos o bien de su contundente presencia. ¿Quiénes son, de dónde vienen, cómo han llegado a esto, en que se convertirán? Las preguntas que dispara el autor aluden a metamorfosis identitarias y sus respuestas exigen un abordaje en profundidad que enfatice lo biográfico.

La sociedad salarial –independientemente del desarrollo que haya logrado en cada sociedad particular– ubicó al trabajo en el rol de principal dador de estatuto, es decir, lo constituyó en el vehículo axial de integración social.⁶ El hecho de participar en una relación salarial (y más aun, cuando la inserción fue sistemática) se ligó históricamente al goce de los beneficios derivados de la tutela del Estado en sus formas bienestaristas. La hipótesis de Castel sugiere que los núcleos humanos que poseen al grueso de sus miembros integrados laboralmente gozan de cohesión social en virtud de que se establecería una fuerte correlación entre el "trabajo estable" y "inserción relacional sólida". Como contrapartida a esta zona de integración social existe una zona de exclusión en la que los sujetos están "marginados del mundo del trabajo", es decir, no realizan actividades productivas, lo que acarrea, a la vez, tendencias al "aislamiento relacional". En el medio de ambas posiciones extremas se halla la "zona de vulnerabilidad", signada por la inestabilidad y la incertidumbre respecto del futuro, por el "vivir al día", en la que se conjugan la "precariedad del trabajo" y la "fragilidad de los soportes relacionales".

En este sentido, y en términos generales, puede decirse que los procesos de exclusión constitutivos de la cuestión social contemporánea deben pensarse como efectos inherentes al derrumbe de la sociedad salarial y, en sociedades como la Argentina, como consecuencias de la pérdida de centralidad de las prácticas ligadas al trabajo asalariado. Lo que está ocurriendo objetivamente (para los desocupados que entrevistamos entre otros miles en otros lugares del mundo) es la erosión forzada y traumática de la "identidad por el trabajo". En otras palabras, si "ser un trabajador" –en nuestro estudio de caso, un asalariado industrial– se caracterizó históricamente por la reproducción de ciertas prácticas (habitar lugares impregnados por la cultura obrera, converger en costumbres y modos de vida con los que desarrollan la misma actividad, pertenecer a las mismas organizaciones sindicales y políticas, entre otras cosas); "ser un desocupado" (en nuestro estudio de caso además: despedido, después de muchos años de estabilidad y con un horizonte de reinserción por demás incierto) implica mucho más que "no tener

trabajo" en tanto la carencia resquebraja severamente el sustrato de vivencias desde el cual se produjeron históricamente las autodenominaciones. Aunque la familia, la escuela, el oficio, la política, los amigos, sigan existiendo, la metamorfosis sufrida involucra la vida en su totalidad con efectos desestructurantes difíciles de contrarrestar.

Siguiendo la "teoría de la privación" de Jahoda (1982)⁷ podemos afirmar que el trabajo posibilita el acceso a cuatro categorías de experiencia: la estructuración temporal de la jornada de trabajo, la generación y sostenimiento de relaciones sociales regulares por fuera de la familia, la formulación de proyectos que trascienden la esfera individual y un estatus e identidad social. En este contexto (de desmoronamiento de una forma de organización social) se vuelve imperativa la necesidad de hallar otra lógica que hilvane la vida cotidiana habiendo desaparecido un potente organizador y reductor de las incertidumbres.

Una mirada anclada en lo biográfico –como la que pretendimos construir a lo largo de la investigación– no intenta ubicar y rotular a los individuos en cada una de las zonas (tarea inherente a los análisis estadísticos) sino que apunta a identificar y analizar las fuerzas que los han desplazado de una zona a otra. Como analistas podemos diagnosticar situaciones de vulnerabilidad (o desafiliación), lo que implica detectar posiciones. Pero este sólo debe ser un primer paso ya que luego tendremos que abordar transversalmente el fenómeno con la finalidad de re-trazar los recorridos en los que se están configurando (o destruyendo) determinados estatutos. Sólo así podremos despegar de una lectura meramente constatativa de la pobreza a nivel objetivo-estructural. En síntesis, creemos que partiendo de este enfoque, podemos abrir el campo de cuestiones involucrando en el análisis a todos los registros a nuestro juicio implicados (discursivo, vivencial, experiencial e identitario).

Entrar en la pobreza no significa "convertirse" en pobre.

Algunas consideraciones sobre la identidad de los desocupados

"Ser sujeto, es ser autónomo siendo, al mismo tiempo dependiente. Es ser algo provisorio, parpadeante, incierto, es ser casi todo para sí mismo, y casi nada para el universo" (Morin, 1990:96).

Algunos autores coinciden en advertir el riesgo que implica homologar los procesos de ingreso a las situaciones de pobreza y/o exclusión. Por ejemplo, se afirma que la condición de desocupado no es equivalente a la de pérdida de ingresos y al empobrecimiento.⁸ A la hora de interpretar los procesos de redefinición subjetiva e identitaria de nuestros entrevistados estas cuestiones se volvieron centrales. Debíamos rechazar cualquier análisis mecanicista que, por ejemplo, utilizara acríticamente el término "excluidos" en tanto una explicación centrada en el mismo sólo habilita una lectura estaticista que diluye las diferencias y recubre la diversidad.

Siguiendo nuevamente a Castel (1997:21) creemos que "lo que acerca las situaciones de este tipo es menos una comunidad de rasgos derivados de la descripción empírica, que la unidad de una posición con relación a las reestructuraciones económicas y sociales actuales". Si el lazo realmente existente entre los afectados es aquel que deriva de una unidad de posición cabe esperar que las

tipificaciones y representaciones estén signadas por una importante polisemia. Como veremos más adelante, entre los vulnerabilizados existe una importante diversidad precomprensiva que se hace visible, por ejemplo, en la tematización desigual de la situación y en la visualización de alternativas de salidas personales y colectivas a la crisis disímiles. Las trayectorias y lecturas situacionales producidas por los involucrados se vinculan, asimismo, directamente, con las transformaciones ocurridas en el espacio social en el que viven, la experiencia del pasado de integración y el acervo personal de vivencias que orienta las prácticas y produce sentidos en el mundo social.

Escribe Edgar Morin (1990:96-97): “Ser sujeto es ponerse en el centro de su propio mundo, ocupar el lugar del ‘yo’. Es evidente que cada uno de nosotros puede decir ‘yo’; todo el mundo puede decir ‘yo’ pero cada uno de nosotros no puede decir ‘yo’ más que por sí mismo... El hecho de poder decir ‘yo’, de ser sujeto, es ocupar un sitio, una posición en la cual uno se pone en el centro de su mundo para poder tratarlo y tratarse a sí mismo. Eso es lo que no puede llamar egocentrismo. Bien entendida, la complejidad individual es tal que, al ponernos en el centro de nuestro mundo, ponemos también a los nuestros: es decir, a nuestros padres, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, y somos incluso capaces de sacrificar nuestras vidas por los nuestros. Nuestro egocentrismo puede hallarse englobado en una subjetividad comunitaria más amplia; la concepción de sujeto debe ser compleja” (las cursivas es nuestro).

Ahora bien, ¿en el centro de qué mundo se ubican a sí mismos y a los otros aquellos que han sido desplazados de la zona de integración?, ¿qué identidades se formarán ante la erosión del estatuto del trabajo?, ¿desde qué pertenencias se denominarán a sí mismos, a los otros y al mundo los desocupados y precarizados?, ¿qué cursos de acción emprenderán? Sin lugar a dudas las respuestas a estas preguntas exigen abordajes contextualizados y densos. Es más, avanzar en la confección de las respuestas es alejarse inexorablemente de la posibilidad de generalizar más allá del caso que estemos explorando.⁹

“Uno empieza a hablar de una identidad, cualquiera sea, cuando no está seguro de su identidad, cuando hay una distancia o un problema” (Robin, 1996:30) Desde una concepción narrativa de la identidad –como la que preferimos utilizar en el momento de hallar claves de interpretación del material etnográfico producido– la identidad puede ser considerada en términos del relato que cada persona hace de sí misma y para sí misma en distintos momentos de su vida.¹⁰ En otras palabras, el sí (el agente) construye su identidad incesantemente en las narraciones que realiza, narraciones que nunca pueden ser éticamente neutras ya que siempre implican estimaciones, valoraciones y juicios propios y ajenos, es decir, implican a Otros.

En Sí mismo como otro, Paul Ricoeur (1996) propone un abordaje a la problemática del sí, esto es, a la constitución de la identidad del agente al que define como un “sujeto con poder”.¹¹ La identidad narrativa –sea de una persona o de una comunidad– puede pensarse como aquella que “surge” en la intersección de estos dos relatos. Un ejemplo concreto de esta imbricación puede localizarse en el conocimiento de sentido común de la vida cotidiana en tanto este tiende a considerar más inteligible una vida cuando es “puesta en trama”, es decir, cuando a ella se le aplica un modelo narrativo.

Concebir a la identidad como la producción de un relato implica aceptar la presencia de cierta “marca de ficción” (Robin, 1996) que desalienta la utopía de arribar a la “verdad” de las cosas que nos pasaron y nos pasan. La confección de este relato se lleva a cabo en el medio de una tensión irremediable entre dos polos: el de la mismidad y el de la ipseidad. El primero de ellos puede ser pensado a partir de la noción de carácter entendiendo por este “al conjunto de signos distintivos que permiten identificar de nuevo a un individuo humano como siendo el mismo” (Ricoeur, 1996:113). El carácter se forja a lo largo de la vida a través de procesos de identificación que conllevan en forma subyacente una dialéctica entre momentos de sedimentación e innovación. Sedimentación, cuando miramos lo que hemos “contraído”; innovación, cuando vislumbramos la

posibilidad de alterar inherente a la materia potencialmente narrable que constituye la experiencia de vida. El momento de la mismidad permite sentir la presencia de un "personaje" (de una subjetividad interviniente) que se transforma en hacedor y protagonista de la narración.

El segundo polo de construcción de la identidad implica una forma de permanencia en el tiempo distinta a la que alude la mismidad (como continuidad y estabilidad de lo que es uno y lo mismo): "fidelidad a la palabra dada", "promesa de sí mismo". Nos permite acercarnos a la instancia de la ipseidad del sí sin el soporte de la mismidad recién explorado. El "mantener" está desde el inicio implicando una identidad que se opone al carácter y que no puede ya pensarse como un "qué", sino que supone claramente un "quién".¹²

Ahora bien, entre la mismidad del carácter y la ipseidad del mantenimiento del sí se abre un abismo –un "intervalo de sentido"– abierto por los dos modelos de permanencia en el tiempo que es necesario "llenar". La solución tendrá que ver con una mediación que encarnará la noción de identidad narrativa. Si bien la tensión no se resuelve nunca, en algunos momentos de la vida un polo puede prevalecer sobre otro. Pero lo que aparece como más sugerente desde una intencionalidad analítica es el intervalo en que discurre la definición incesante de la identidad.¹³

El paso decisivo hacia una concepción narrativa de la identidad se da cuando pasamos de la acción al personaje, es decir, cuando viramos hacia el "que" hace la acción en el relato. "La persona, entendida como personaje de relato, no es una identidad distinta de sus experiencias [...]. El relato construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada. Es la identidad de la historia la que hace la identidad del personaje" (pág. 147).

Finalmente, la relación entre práctica y relato se repite en un orden más elevado de organización que alude a la vida. En un punto medio situado entre las prácticas y el proyecto global de una existencia Ricoeur visualiza a los planes de vida o unidades prácticas (vida política, vida profesional, vida familiar, vida de tiempo libre) que se organizan dinámicamente entre los ideales y las elecciones prácticas diarias. "Los planes de vida constituyen la zona media de intercambio entre la indeterminación de los ideales rectores y la determinación de las prácticas" (pág. 159). Para Ricoeur este doble principio de organización habilita a una hermenéutica, en tanto habría similitud con el texto en cuanto a la estructura de intercambio partes-todo.

Decíamos, citando a Robin, que la cuestión de la identidad aparece como tema cuando surge una distancia, es decir, cuando un problema jaquea la organización del relato autodefinitorio y lo deslegitima (lo torna inapropiado). Y es este fenómeno de crisis de definición identitaria lo que aparece recurrentemente en los relatos de los entrevistados.

Desapareciendo la actividad que estructuró literalmente sus rutinas diarias (en algunos casos durante más de cuarenta años) se volvió cada vez más difícil seguir pensándose desde la experiencia personal y colectiva del trabajo. No obstante, como pudimos constatar recurrentemente, la interpelación identitaria fundamental sigue siendo la misma. En otras palabras, la mayoría de los entrevistados manifestaron explícitamente que lo que más los desesperaba del hecho de haber quedado sin trabajo es que ellos se sentían igual "trabajadores".

Desde la mirada hermenéutica, la vigencia de la interpelación permite contemplar el modo en que la negociación dialéctica entre mismidad e ipseidad deja cautivos a los "sin trabajo" en la lógica de un proyecto irrealizable: que el sí mismo logre la permanencia de sus rasgos característicos y la fidelidad a las "promesas de progreso", en el marco de la caducidad de una forma de habitar el mundo. "Yo sé que ya no está más la fábrica porque voy hasta la avenida y está el Carrefour. Sé que no tengo que levantarme a las cinco de la mañana. Sé que si voy al club a la tarde no voy a

encontrar a nadie... pero qué querés que te diga, aunque me ponga a llorar voy, porque yo ya soy así y ya no puedo ser de otra manera" (de la conversación con Juan).¹⁴

Ser un trabajador formal, contratado por tiempo indeterminado, ahora desocupado, implica, además del efecto paradójico recién aludido, que todo lo que se realice en calidad de estrategia para "ir sobreviviendo" tiene un estatus provisorio y en algunos casos estigmatizante. Contaba al respecto Pedro (54 años, despedido de la papelería): "Yo sé que algo hay que hacer porque no te podés quedar en tu casa llorando. Pero las changas te deprimen porque pensás que al otro día estás otra vez buscando y buscando. Encima acá, todos los viejos quedamos igual, todos estamos en la misma. A veces ves a alguno (o te ven) picando un cordón, cortando el pasto, pintando en alguna casa... te querés morir. Antes teníamos dignidad y podíamos estar juntos después en el club. Ya habías trabajado el día, lo que quedaba era para vos".

Los planes de vida han sido jaqueados propiciando la oscilación de los discursos entre dos extremos vitales. Existió un pasado en el cual "se sabía qué hacer" y por ende, se sabía "quién se era". Existe un presente, signado por la incertidumbre, en el cual ni Juan ni sus compañeros logran saber qué hacer (los intentos de estabilización a partir de alguna estrategia de reinserción al mercado son casi siempre fallidos) y, por ende, no saben "quién ser". Entre las certezas del pasado y la fragilidad e imposibilidad de estructurar rutinas que signan el presente ha ocurrido "una terrible transformación", "una especie de derrumbe". Es interesante resaltar que sólo muy pocas veces aparece la palabra "crisis", quizá porque –como nos explicó un matrimonio de cincuenta años que se quedó con rollos de telas y un torno en calidad de indemnización– "de la crisis podés salir y así como están las cosas no vemos salidas. Nosotros no podemos conseguir trabajo por la edad y porque lo que sabemos hacer no le sirve a nadie. Toda una vida de trabajo en la fábrica... y se fueron cerrando todas. ¿De qué vamos a trabajar?, ¿qué vamos a hacer?".

¿Quién se es? En la pregunta aparece descarnadamente la búsqueda fallida. A pesar de que la mayoría de ellos ha ingresado objetivamente al universo cada vez más heterogéneo de la pobreza urbana, sólo en pocas ocasiones aparece algún comentario al respecto y siempre ligado a un importante esfuerzo de diferenciación respecto de los pobres históricos, es decir, aquellos que nunca salieron (por desidia, por mala suerte o por trayectorias de familias pobres) de la miseria.

Podemos interpretar este fenómeno –la persistencia de la interpelación, y el rechazo a la constatación de la situación objetiva de pobreza– a partir del concepto fenomenológico de "experiencia colectiva" (Schutz, 1975) que no sólo nos posibilita dar cuenta de la historicidad del mundo de vida comunitario sino reflexionar acerca de los mecanismos mediante los cuales los agentes se reconocen como participando en una misma situación estructural. "La experiencia colectiva puede pensarse como constituida por estratos temporales que se sedimentan y resignifican públicamente a partir del impacto de sucesos internos o externos a la comunidad. La misma, otorga sentido a las vivencias individuales y a las acciones colectivas y permite recordarlas y resignificarlas como sucesos pertenecientes a un "nosotros" y no simplemente a un "yo" (Estrada Saavedra, 1995:78).

En nuestro estudio de caso los desocupados vienen sufriendo un proceso de desobrerización y exclusión ocupacional. Sin embargo, como ya dijimos, las representaciones sociales que delineaban un horizonte de integración socioeconómica basado en la ocupación fabril y en la salarización, siguen vigentes. En otras palabras, si bien la situación cambió objetivamente para todos los damnificados (es un dato innegable que se demolieron las fábricas; es un hecho incontestable que se quedaron sin la seguridad que les confería el pertenecer a la vida fabril en el contexto de un país en el que la seguridad social estuvo mayoritariamente asociada a la condición de empleado) no puede establecerse un correlato que implique automáticamente sus percepciones respecto de la misma y, concomitantemente, que nos habilite a predecir posibles cursos de acción.

Nuestra hipótesis señala que entre los cambios ocurridos a nivel estructural y el sustrato de vivencias tienen lugar una serie de mediaciones a la que denominamos: “operatorias de apropiación subjetiva” mediante las cuales cada persona definirá la transformación y opinará respecto de la situación en el marco de la producción de los relatos identitarios y, por lo tanto, de sus nuevas experiencias y pertenencias. Y es en el espacio de estas mediaciones donde debemos intentar desentrañar el enigma de sus prácticas políticas.

La política en el cono de sombra del desmoronamiento

Existe una visión bastante generalizada en el ámbito de las ciencias sociales que sostiene que a una transformación importante de las condiciones de vida (en el contexto de una democracia) le sigue una respuesta política activa de los implicados. La ausencia de respuesta popular –o dicho en términos positivos, la tolerancia– al ajuste y a las reformas económicas es una “anomalía” que se explica (explícita o implícitamente) de distintas formas.¹⁵ El punto es que estas visiones asumen premisas difíciles de sostener en el curso de cualquier investigación empírica.

Si consideramos que la acción individual y colectiva de reclamo sobreviene por efecto de las determinaciones estructurales, una vez que estas últimas se desencadenan lo que corresponde hacer es sentarse a esperar el estallido o estar dispuestos a asumir que frente a su ausencia o retardo estamos frente a personas “dopadas” o “ciegas” que o bien no entienden lo que les está ocurriendo o bien no hacen nada por evitarlo. Dados los supuestos epistemológicos descriptos anteriormente este no fue ni nuestro punto de partida ni nuestro horizonte explicativo. No fuimos al campo con preguntas contrafácticas, es decir, intentando explicar el porqué de lo que no ocurrió sino todo lo contrario. Lo que buscamos desde el inicio mismo de la indagación fue ensanchar la amplitud de la mirada de manera de poder incluir bajo su dominio al abanico de prácticas políticas (propositivas y reproductivas) efectivamente producidas por los actores.

¿De qué manera impactan los cambios socioeconómicos en la vida cotidiana de las personas?, ¿qué prácticas políticas se generan a la luz de los mismos? ¿Es lícito sostener que frente al hecho de sufrir el deterioro objetivo de sus condiciones de vida los agentes tematizan su situación de manera crítica y emprenden prácticas individuales y colectivas con la intención de contrarrestar estos efectos? Lo primero que nos enseñó el estudio de caso elegido fue, una vez más, que las respuestas a estas preguntas siempre son relativas (en el sentido de que debe ser ineludiblemente remitida a la indagación de contextos específicos).

En la comunidad que estudiamos los despedidos sumaron centenas y, sin embargo, no ocurrieron acciones colectivas de reclamo sino una desagregación total de los mismos. La primera explicación posible de este fenómeno es que los cierres no fueron sorprendidos sino que las fábricas se fueron desactivando y vaciando paulatinamente. Esto habría erosionado las bases de generación de una protesta organizada ya que cada trabajador tuvo que negociar individualmente las condiciones de su cese. A esto hay que sumarle que, incluso una vez expulsados, un importante número de obreros fueron recontratados para tareas específicas en forma intermitente. De manera que la percepción de “estar definitivamente afuera, sin trabajo y en la calle” se vio demorada y distorsionada.

La trayectoria de Juan puede incluirse dentro de este grupo en tanto el proceso de retirada de la textil duró más de cinco años. Nos contó, por ejemplo, que él concurrió a trabajar los últimos

seis meses, antes del cierre definitivo, a colaborar en el balance final requerido a raíz del pedido de quiebra de los dueños. En ese momento, junto con otros que estaban en una situación similar, elevaron una propuesta que consistía en seguir produciendo hasta que se agotaron los pedidos utilizando un sector reducido de la planta. El punto era que la fábrica no cerrara. “¿Qué hacer después?, ¿quién ser después?”

Las vivencias de los cierres están impregnadas de angustia y de una sensación extraña, similar a la que nos asalta cuando creemos que pudimos haber evitado algo o redefinirlo diametralmente en el momento preciso. Sobrevuela la fantasía de que existió la posibilidad de apropiarse pacíficamente de las fábricas. Pero ese “tomar el toro por las astas” no implicaba un viraje radicalizado y restitutivo sino una forma de ejercer soberanía sobre lo que les perteneció (al modo en que “se pertenecen” mutuamente los miembros de una familia).

Alberto (que hoy tiene montada una parrillita en lo que fuera el garage de su auto), nos contó que él fue quien cerró por última vez el candado de la fábrica donde trabajó desde los dieciocho años. Su mujer todavía lo guarda en una caja, junto a las fotos de la comunión de su hija, que se festejó en el cine club montado por la textil para goce del tiempo libre de los obreros. Este estado de imbricación total entre los tiempos de la fábrica y la vida cotidiana familiar y comunitaria puede ser leído desde la tipología construida para Nun (1994). “Para estos trabajadores la sociedad aparece como un orden fáctico no problematizable; y esta naturalización de las relaciones sociales vuelve muy débil –y muy convencional– la imagen que se forman de ellas. Sin duda existen los ricos y los pobres; pero esta es una constatación que no implica antagonismo: los ricos han hecho su fortuna mediante el trabajo (o, en todo caso gracias a la suerte) y no a costa de los pobres. [...] Tienen muy poco que decir cuando las preguntas se alejan de su experiencia inmediata para referirse a la sociedad en su conjunto” (pág. 27-28). Estos trabajadores constituyen para Nun el emergente de un tipo de integración particularista que se distingue de la mera aceptación pragmática del orden establecido. Aunque, entre los despedidos entrevistados, también hallamos rasgos de integración deferente fundamentalmente en la idea generalizada de pertenecer a un “orden moral del trabajo” que “legitima su propia subordinación” y facilita el conformismo al limitar el horizonte de expectativas.

Acordamos plenamente con este autor cuando afirma “los que han tendido a reducir el problema del consenso (en nuestros términos: la tolerancia, la no reacción) a aquello de lo que los actores están en condiciones de hablar y respecto a lo cual, pueden, entonces, manifestar o no su asentimiento... desconocen la función articuladora que cumplen las diversas reglas y prácticas constitutivas de la intersubjetividad, cuyos efectos integradores son tanto más sólidos justamente cuanto más sumergidas se hallan esas reglas y esas prácticas en el ‘inconsciente colectivo’, esto es, cuanto más se naturalizan y menos afloran en la conciencia discursiva de los agentes” (pág. 28).

La integración particularista aparece asociada la resistencia a la acción colectiva, al rechazo de toda forma de violencia en la resolución de los conflictos laborales y a una baja sindicalización. En lo que respecta a su cultura política (inclinaciones partidarias incluidas), estos trabajadores se “sienten” peronistas. Pero esta identidad política, como sabemos, tiene una impronta fuertemente polisémica y en este caso estaría interpelando de un modo muy particular a una base social definida también de un modo bastante específico. “Los obreros a los que se refieren son personas como ellos mismos pero no en tanto miembros de una clase o de un estrato sino en tanto individuos definidos por ocupaciones específicas. Perón ordenaba: ‘de casa al trabajo y del trabajo a casa’. [estos trabajadores] se identifican con quienes le obedecían y, a cambio de esto, se convertían receptores pasivos de diversos beneficios. Es una permuta que se adecua perfectamente a su visión particularista del mundo [...] De ahí su relativa fragilidad: apoyada antes en una memoria ‘privada’ que en una memoria ‘colectiva’” (págs. 34-35).

Teniendo como telón de fondo a esta matriz, resulta más fácil acercarse a una comprensión de las experiencias en el cono de sombra del desmoronamiento. En este sentido, resulta interesante la metáfora del "desempleo como epidemia" propuesta por Kessler (1996:118). Si bien la pérdida del empleo es un flagelo que puede afectar a todos por igual, los riesgos están desocializados, esto es, deben ser resueltos individualmente en la generación de estrategias de reinserción al mercado. Por otra parte, el horizonte no alienta a las posibilidades de exigir al Estado la implementación de políticas sociales para nuevos pobres. "La categorización de la desocupación como problema colectivo pareciera volver más soportable la propia situación. Si la amenaza de privación absoluta se vive en solitario, la caracterización del problema como colectivo al menos amortiza la creencia de una exclusión individual, trazando las bases de una comunidad imaginaria de individuos que comparten una misma suerte, aun cuando no se establezca entre ellos ningún lazo colectivo".

La desocialización del riesgo y la atomización de las prácticas en la crisis es el dato que aparece con claridad en el relato de Juan: "Al principio, cuando descubrimos que todos estábamos en la misma, nos desesperamos. Algunos compañeros se suicidaron, otros se deprimieron. Yo estaba como si me hubieran pegado un martillazo en la cabeza y también muy frustrado. Hicimos algunas reuniones pero no sabíamos qué hacer y como terminábamos peleando entre nosotros, dijimos que cada cual iba a hacer lo que pudiera por su lado. ¿A quién le íbamos a reclamar? Los dueños se habían ido. El sindicato ni existió y encima nos querían cobrar los gastos de los juicios. Ya veníamos muy mal con los delegados porque habían negociado todo a nuestras espaldas".

El impacto del desempleo sobre la sociabilidad previa y, a la inversa, la relación de efectos entre los vínculos y la situación de desempleo, son temas extremadamente complejos a los que no podemos hacer más que una mínima referencia dados los límites del presente trabajo. Más allá de los obstáculos organizacionales y de las autolimitaciones que impidieron la asociación entre los despedidos en el momento crítico, es interesante tener en cuenta que entre ellos existían relaciones construidas a lo largo de los años (eran vecinos, socios del club, miembros de asociaciones de fomento). Sin embargo, esta reticidad fluida no se constituyó en un vehículo de prácticas activas contra el "despojo".

Por lo que pudimos detectar, las instituciones en las que participaban manifestaron explícitamente su intención de quedar al margen de los reclamos laborales sosteniendo que el espacio para pensar y promover el desarrollo comunitario "debe quedar bien lejos de la política". Rubén (fomentista y director del diario local) nos aclaró que "cuando la política se mete en las instituciones se pudre todo. Lo que les interesa a los vecinos no es hacer política ni que la vengan a hacer con nosotros".

No obstante, hubo una excepción relativa a la regla que merece un párrafo aparte: la conformación de una asociación de industriales, profesionales y comerciantes de la zona que habiendo intentado constituirse a lo largo de décadas, lo logra con cierto grado de éxito en el momento de la transformación destructiva. Nos dijo su presidente "a nosotros nos terminó de amontonar la crisis". Desde el inicio la asociación estuvo constituida por dos facciones en pugna. Aquellos que consideraban que había que oponerse radicalmente al cambio del perfil industrial y comercial de la zona debido a los costos sociales y económicos que traía aparejados, y los que sostenían que la intransigencia impedía obtener los escasos beneficios relativos que podían obtenerse en una negociación con el municipio. La presencia de los dos grupos (identitario y pragmático, por llamarlos de algún modo) en tensión constante dentro de la asociación, evidencia las distintas formas en que es posible leer colectivamente una situación y los distintos modos en que se define lo político. Esto es, como una práctica constante en la que se juega efectivamente la distribución del poder o como una esfera con la que se negocia esporádicamente.

Reflexionando en términos generales puede decirse que a lo largo de los años de crisis se construyeron fuertes representaciones acerca de "la política" que terminaron ligándola a acciones

de dudosa procedencia y de finalidad discutible desarrollada en general por punteros. No obstante, para estos actores "hacer política" no es sólo participar en redes clientelares,¹⁶ involucra otras prácticas tales como la militancia en partidos políticos (que en el ámbito local funcionan casi exclusivamente como agencias electorales), el hecho de motorizar y/o participar en alguna protesta dirigida al gobierno, el reclamo sindical, entre las más importantes.

Como puede apreciarse, la actividad política es vista como teniendo una entidad compleja frente a la cual se opera en forma ambivalente. Mientras se pueda, hay que mantenerse lejos; cuando no queden opciones para conseguir del objetivo hay que "tocar" a algún puntero o concejal. En este caso, los fomentistas (despedidos o no) saben que tener un "político a mano" es la única manera de conseguir el semáforo, el subsidio, la llegada de una cuadrilla de beneficiarios de algún plan de empleo a cumplir tareas al local de la asociación, etcétera. La política "como actividad" es representada en términos de un circuito de circulación de poder, dinero y éxito que opera bastante lejos de las "cosas buenas y justas" de la vida. Es una esfera a la que se recurre sólo en "última instancia" debiendo el resto del tiempo mantenerla alejada de la vida cotidiana y preservando a las instituciones de un exceso de contacto que ponga en peligro su esencia.

Ahora bien, más allá del comportamiento de las asociaciones a la hora de la crisis, los trabajadores despedidos no pudieron (o no quisieron) enfrentar la situación colectivamente. "Aceptación resignada", "naturalización del estado de cosas", "resignación forzada". Sin importar el nombre que inventemos lo cierto es que luego de un tiempo de incertidumbre total –en el que se gastaron una parte importante de sus indemnizaciones–, los "trabajadores sin trabajo" iniciaron el difícil peregrinaje de la supervivencia de corto plazo. En un contexto de baja autoculpabilización y casi nula responsabilización dirigida a algún otro (gobierno, partidos políticos, punteros, sindicatos), se fueron produciendo y articulando tipificaciones cada vez más extendidas a nivel del sentido común. ("Qué íbamos a hacer", "no nos quedó otra", "a quién le vas a reclamar", "no te podés quedar con los brazos cruzados, tenés que seguir", etcétera.)

"La primera vez que viniste –me confesó el entrevistado– no te hubiera contestado las preguntas difíciles que me estás haciendo ahora." Pedro hacía referencia a las veces en que intenté conversar con él acerca de los acontecimientos inherentes al cierre y a cómo se posicionaron él y sus compañeros respecto de los dueños, los delegados, el intendente, etcétera. Hablar de estas cosas implicaba, para la mayoría de los ellos, hablar de política, es decir, de conflicto y de poder. Y hablar de política, es "meterse en cosas que te comprometen" y en las que no tiene demasiado sentido involucrarse porque se dirimen "en otro lado".

Ahora bien, el universo de significaciones producido alrededor de la polisémica definición de lo político no se agota en una lectura lineal de esta representación. A nuestro modo de ver, este estado de desafección en el que están sumidos los despedidos debe ser interpretado en términos de "prácticas cotidianas de resistencia" en el sentido propuesto por Scott (1985). En otras palabras, la apatía estaría bien lejos de ser una no-acción implicando, por el contrario, una importante producción de sentido. A nuestro modo de ver, la labor investigativa debe orientarse, entonces, a desentrañar la naturaleza peculiar de esa producción de sentido en cada momento histórico.

Escribe Sennet (2000:30) "las especiales características del tiempo en el neocapitalismo han creado un conflicto entre carácter y experiencia, la experiencia de un tiempo desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en narraciones duraderas". La inercia de las formas identitarias, inherentes a una forma de habitar el mundo en franca transformación, deja a los que transitan y padecen la experiencia de la pérdida –como Juan– en una situación de perplejidad y soledad desde la cual se retrasa la creación de nuevas pertenencias y la construcción de otros espacios de sociabilidad.

Bibliografía

Andrenacci, L., Miseria de la política social. Algunas reflexiones sobre la cuestión social y la política social en la Argentina contemporánea, San Miguel, Documentos de Trabajo ICO-UNGS, 2000

Augé, M., Los no lugares, Barcelona, Gedisa, 1991.

Auyero, J., "La doble vida del clientelismo político", Sociedad N°8, 1996.

———, "Desde el punto de vista del cliente", en Apuntes de Investigación del CECyP, N° 2/3, 1998.

Barbeito, A. y Lo Vuolo, R., La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1995.

Barrera, M., "El movimiento de los excluidos. Desempleo y nueva informalización", en Nueva Sociedad, julio-agosto, 1987.

Bertaux, D., "Historias de casos de familias como método para la investigación de la pobreza", en Taller - Revista de Sociedad, Cultura y Política, Vol. 1 N° 1, 1996.

Bonaparte, R., "Mercado de trabajo y ajuste estructural: la política laboral en la dinámica de la exclusión social. Argentina (1991-1995)", en Informe de Coyuntura Año VI N° 60, CEB, 1996.

Bourdieu, P., El sentido práctico, Buenos Aires, Taurus, 1991.

Burgwall, G., "Prácticas cotidianas de resistencia", en Kingman E. y Salman T (comp.), Antigua modernidad y memoria del presente. Culturas urbanas e identidad. Ecuador-FLACSO, 1999.

Bustelo, E., "La producción del estado de malestar. Ajuste y política social en América Latina", en Minujín, A. (comp.), Cuesta abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1995.

Castel, R., "La dinámica de los procesos sociales de marginalización: de la vulnerabilidad a la exclusión", Topía N° 2, 1991a.

———, "Los Desafiliados. Precariedad del Trabajo y Vulnerabilidad Relacional", Topía N° 3, 1991b.

———, "De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso", en Archipiélago N° 21, 1995.

———, Las metamorfosis de la cuestión social, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Cavarozzi, M., Transformaciones de la política en América Latina contemporánea, Caracas, ponencia en XIX Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, 1993.

Dabas, E. y Najmanovich, D. (comps.), *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil*, Buenos Aires, Paidós, 1995.

Estrada Saavedra, M., *Participación política. Actores colectivos*, México, Plaza y Valdés Editores, 1995.

Feijoó, M.del C., "Los gasoleros. Estrategias de consumo de los NUPO", en Minujín, A. (comp.), *Cuesta Abajo. Los nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1995.

García, N., "Reestructuración económica y mercado de trabajo en América Latina", en *Estudios del Trabajo* N° 2, Buenos Aires, 1991.

Geertz, C., *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1991.

Goldbert, E. y Tenti Fanfani, E., "Nuevas y Viejas Formas de pobreza en la Argentina: la experiencia de los 80", *Sociedad* N° 4, 1994.

Halperín, J., "¿Hay una cultura de la caída?", en Minujín, A. (comp.), *Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1995.

Jelín, E., "¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONG en América Latina en los años 90", *Sociedad* N° 8, 1996.

Karol, J., "Modos de empobrecer: la clase media a través de la hiperinflación", en Minujín, A. (comp.), *Cuesta abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1995.

Kessler, G., "Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia", en Beccaria y López (comps.), *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1996.

Lechner, N., *Los patios interiores de la democracia: subjetividad y política*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.

Levitsky, S., "Crisis, adaptación partidaria y estabilidad del régimen en la Argentina: el caso del peronismo, 1989-1995" en *Revista de Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Quilmes* N° 6, 1997.

Melucci, A., *Las teorías de los movimientos sociales*, en *Revistas de estudios políticos*, México, octubre-marzo, 1989.

Merklen, D., "Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio: entre las condiciones y las prácticas", en *Sociedad* N° 11, 1997.

Minujín, A., "En la rodada", en Minujín (ed.) *Cuesta Abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1992.

Minujín, A. y Kessler, G., *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Morin, E., *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa, 1990.

Murmis, M. y Feldman, S., "La Heterogeneidad Social de las Pobrezas", en Minujín, A. (comp.), Cuesta abajo. Los Nuevos Pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina UNICEF/Losada, 1995.

Navarro, M., "Democracia y reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico", en Desarrollo económico N° 35, N° 139, octubre-diciembre, 1995.

Nun, J., "Populismo, representación y menemismo", Sociedad N° 5, 1994.

———, Averiguación sobre algunos significados del peronismo, Cuadernos del GECUSO, Fundación del Sur, 1994b.

Paramio L., "Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo", Montevideo, Cuadernos del Claeh, 1993.

Ricoeur P., Tiempo y narración I, Siglo XXI, México, 1995.

———, Sí mismo como otro, Siglo XXI, México, 1996.

Robin, R., "Identidad, memoria y relato. La imposible narración de sí mismo", Cuadernos de Posgrado. Oficina CBC. Universidad de Buenos Aires, 1996.

Robles, F., Los sujetos y la cotidianeidad. Elementos para una microsociología de lo contemporáneo, Ediciones Sociedad hoy, Chile, 1999.

Rosanvallón, P., "La Individualización de lo Social" cap.VII en La Nueva Cuestión Social, Buenos Aires, Manantial, 1996.

Salvatore, R., "Reformas de mercado y el lenguaje de la protesta popular", Sociedad N° 7, 1995.

Sennet, R., La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama, 2000.

Schutz A., "Formación de conceptos y teorías en ciencias sociales", en El problema de la realidad social, Buenos Aires, Amorrortu, 1974a.

———, Fenomenología del mundo social, Buenos Aires, Paidós, 1975.

Scott, J.C., Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasants Resistance, Yale University Press, 1985.

Soja, E., La espacialidad de la vida social: hacia una re teorización transformativa, en Derek Gregory y Urry John (comps.), Social Relations and Spatial Structures, Londres, Macmillan, 1985. (Traducción: H. A. Torres.)

Soldano, D., "La exclusión como inquietud, fragilidad y ruptura en Robert Castel", en Cuadernos de Investigación del CECyP Año 1 N° 1, 1997.

Notas:

* Politóloga, docente la Facultad de Ciencias Sociales, UBA e Investigadora-docente del Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

1 La investigación aplicada que está a la base de esta ponencia se efectuó en el marco de una beca UBACyT en el período 1997-1999. "Las prácticas políticas de la exclusión social. Un estudio de caso". Director: Jorge Lulo. Sede: Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

2 Tomamos la propuesta de Daniel Bertaux (1996:11-12) cuando sostiene que "Las familias deberían considerarse como sistemas autopoiéticos formados por personas conectadas unas a otras a través del lazo del regalo y el contra-regalo sin límites y no el interés puro. 'Sistemas auto-poiéticos' significa sistemas abiertos que tienen propiedades como la de ser auto-determinantes, auto-regulados, auto-organizados y auto-diferenciantes. No son conjuntos de individuos sino mucho más que eso. Son pequeñas totalidades, 'todos' de los que los individuos son sólo partes. eso no significa que el 'todo' someta totalmente a cada una de sus partes y lo obligue a seguir sus propias metas, pero sí que hay una lógica, o tal vez varias lógicas, que tienen que identificarse y decodificarse en el nivel mismo de la familia. [...] Si uno quiere construir descripciones significativas y relevantes de familias, sean pobres o no, debería considerarlas micro-sistemas auto-poiéticos orientados hacia la producción de energías humanas de sus propios miembros, tanto en la vida cotidiana como en el largo plazo".

3 Existe una abundante producción bibliográfica acerca de los procesos de exclusión. Véanse por ejemplo Barbeito y Lo Vuolo (1995), Minujín (1992), Minujín-Kessler (1995), Beccaria-Lopez (1996), Torre (1998) entre otros.

4 Existen trabajos referidos al surgimiento de nuevas prácticas de consumo en las familias de la nueva pobreza. Véanse, por ejemplo, Feijoó (1995) y Halperín (1995) .

5 Como se desprende de la aclaración, no estamos proponiendo extrapolar las conclusiones extraídas por Castel para el caso francés en el análisis de la Argentina. Este ejercicio es sin duda impropio, entre otras cosas por los diferentes desarrollos históricos de sus estados de bienestar. El fuerte correlato entre la condición de ocupado y los beneficios de la seguridad social convierte a países como la Argentina en escenarios desoladores para los que se ven expulsados del mercado de trabajo, a diferencia de lo que ocurre en los países centrales con un importante alcance de seguro de desempleo y de planes de reinserción. Por otra parte, el estudio de los países latinoamericanos debe estar preparado para captar la hibridez y complejidad del binomio formalidad-informalidad de los mercados de trabajo urbanos. Véanse en Kessler (1996) los comentarios respecto de la experiencia del desempleo en un contexto de riesgo de privación absoluta.

6 Para una profundización de la noción de relación salarial como vector de integración social véase Andrenacci (2000).

7 Citado en Kessler (1996).

8 Véase por ejemplo Kessler (1996), Minujín-Kessler (1995) y Murmis y Feldman (1995).

9 En el sentido en que Geertz (1991) presenta a las potencialidades y limitaciones de la "descripción densa".

10 Podemos arribar a la problemática de la identidad de múltiples maneras. Según sea nuestra necesidad de fundamentación teórica diremos, por ejemplo, que es un estado subjetivo

generalizado a una comunidad que se manifiesta visiblemente en los compromisos de los actores a movilizarse en vista a intereses, es decir, que es un recurso previo y necesario para la acción. También podemos sostener que es un "trasfondo no actualizado" de la acción, en otras palabras, no un estado permanente de cosas sino una realización constante que también puede fracasar. Podemos también proponer que la identidad es fundamentalmente la construcción de un nombre en primera persona del plural que, en tanto reconocido intersubjetivamente, sirve para autorreferenciarse en el diálogo cotidiano. Véase Schuster (1999).

11 En sus trabajos anteriores la pregunta por el quién de la acción y por las identidades personales que interpelan y orientan sus prácticas habían quedado en un segundo plano. Es en este momento en el que el autor propone despegarse del modelo textual de la acción. Pero ya en Tiempo y narración el autor piensa acerca de la posibilidad de integrar analíticamente los relatos de ficción e históricos en cierta estructura de la experiencia.

12 Podemos advertir que para Ricoeur la cuestión de la temporalidad (o de la permanencia en el tiempo) adquiere una centralidad singular y cierta transparencia con el ejemplo de la promesa. Cuando un sujeto promete algo debe –independientemente de un cambio en su deseo u opinión–, "mantenerse fiel". La exigencia de sostener la promesa tiene claras implicancias éticas que desafían al tiempo estableciendo una modalidad de permanencia diametralmente opuesta a la de carácter. "Aquí, precisamente, ipseidad y mismidad dejan de coincidir. Aquí, por consiguiente se disuelve la equivocidad de la noción de permanencia en el tiempo" (pág. 119).

13 "Identidad" es aquí una configuración dinámica en la que confluyen la exigencia de concordancia y la admisión de discordancia, concurrencia en "tensión" que luego cierra en el relato como la "síntesis de lo heterogéneo" realizada por la persona. A su vez, la trama, realiza distintas operaciones de mediación "entre la diversidad de los acontecimientos y la unidad temporal de la historia narrada; entre los componentes inconexos de la acción, intenciones, causas y causalidades y el encadenamiento de la historia; finalmente, entre la pura sucesión y la unidad de la forma temporal" (pág. 140) que pueden terminar suprimiendo todo orden cronológico.

14 Tengamos en cuenta que, además, el mundo local, transformó su fisonomía. Los terrenos que ocupaban las plantas fabriles hoy están abandonados o han sido ocupados por hipermercados (situación que retrae las ventas de los pequeños comercios locales).

15 Una reconstrucción sistemática de estas visiones puede leerse en Navarro (1995).

16 Véase Auyero (1998).